

»Y saliendo de la espesura, acercárouse á la orilla, sin que la ninfa de carne se asustase ni diese el más pequeño grito de espanto.

—>Linda—dijo Juanito—: los dos te amamos, los dos estamos locos por tí, los dos nos aliogárimos en ese estanque si ese fuera tu capricho. Pero yo tengo veintidós años y un corazón como una montaña para desplegar ante tí más amor que un ejército de Pablos y Werthers.

—>Linda—continuó D. Trifón—: los dos te adoramos; eres para los dos un ídolo venerado; por complacerte nos beberíamos toda el agua del estanque si tú, con tu mano, nos la sirvieses en un vaso. Pero yo tengo veinte millones, tres palacios, cuatro haciendas, una porción de olivares y *papel* de todas las naciones.

—>¿A cuál profieres?—gritaron los dos al unísono.

»Linda, dejándolo todo al descubierto, flotando sobre las aguas como una nereida, radiante de hermosura, toda carne viva y to la mujer apasionada, llevóse la mano derecha á la frente y después de meditar «casi» un segundo, exclamó:

—>A los dos.

—>¡A los dos!—respondieron simultáneamente y con mal disimulado espanto los pretendientes.

—>Sí, á los dos—agregó Linda—. A tí Juanito, por que eres joven y eres guapo y con tu juventud y tu gentileza calmarás mis ansias de vida. A usted, D. Trifón, porque es rico y es viejo, y con sus millones y su conocimiento del mundo me limpiará de escollos el camino de esa vida.

»Y sin añadir una palabra más nadó hasta la opuesta orilla, en donde su doncella la esperaba con la toalla de baño que ocultó ¡oh dolor! tantos tesoros de hermosura y de gracia.»

—Falta algo mi poeta.

—¿Qué más quieres saber, Ninón?

—¿Qué más quiero saber?.. pues... dónde está Linda.

—¿Curiosilla!.. Casada con Juanito, que es ya Capitán, y habitando uno de los palacios de D. Trifón, que á la postre ha resultado tío... lejano—y bien lejano—de aquí; quien, como padrino del matrimonio, vive felizmente con los dos jóvenes y enamorados esposos.

Ninón suspiró satisfecha, y besando al poeta, dijo:

—Vaya te has ganado un beso y una copa de ajonjivo verde. ¡Gertrudis!—gritó á la doncella—: sirve á Boccacio.

Alberto INSÚA.

De el Libro *Alma Nueva*



TU VOZ

Para MEFISTÓFELES

Tu voz tiene el encanto de aquellas voces
que oíste en noches cálidas de verano
acompañando al claro son de mi piano,
que te turbaron porque no las conoces.

Voces conmovedoras, estremecidas,
que tararean óperas italianas
llenas de «fiorituras»; desconocidas
voces que nos sonaron tibias, lejanas.